

SEGUNDA PARTE.

Propónese aquí el panegirista recorrer oratoriamente las glorias del episcopado en la persona de su héroe, y se introduce de este modo:

“El mas bello panegirico que se ha compuesto hasta aquí en honor de San Agustin, es indudablemente la historia eclesiástica de su tiempo, y aun la de los siglos posteriores: porque la gloria de este grande hombre, incapaz de poderse contener en los límites de su vida, está íntimamente ligada con todas las victorias de la fe en las épocas posteriores, y aun parece brillar en el dia con una nueva luz en medio de este templo, para animar la emulacion apostólica de nuestros pontífices, haciéndoles ver en los honores tributados á un solo obispo, toda la noble munificencia de la Iglesia para con sus primeros pastores.”

“Si le consideramos durante el curso de su episcopado, le vemos dominar su siglo: el pueblo cristiano, los obispos, los emperadores y hasta los mismos herejes se reunen para ofrecerle los justos homenajes de admiracion y de confianza, que le debe todo el género humano. Si preguntamos á las generaciones que han aparecido desde su muerte á esta parte, las oírmos proclamar incesantemente á Agustin como el oráculo del cristianismo. Del seno mismo de su sepulcro, ó para mejor decir desde la altura de sus altares, continúa en cierto modo los trabajos y las maravillas de su episcopado, distribuyendo los defensores de la ciudad santa, esos escudos impenetrables de que incesantemente los reviste su genio como de la coraza de la fe, segun la expresion de San Pablo, *induti loriceam fidei*; y su fama crece progresivamente de edad en edad con todos los triunfos de la religion.”

Cuando un orador cuenta con un héroe de primer orden en su género, con un asunto grande y un plan fecundo, no teme provocar desde el principio á su auditorio con una inmensa expectativa. Por esto Maury se atreve á comenzar su segunda parte con una introduccion de esta naturaleza,

sacando en cierto modo al santo obispo de Hipona de los límites de la elocuencia, para colocarle en el inmenso campo de la historia. Siéntese como abrumado por la amplitud de la materia, ó como pensosamente entabado con las leyes severas de un discurso oratorio. Este giro no es nuevo entre los oradores; pero siempre produce todo el embeleso de la belleza, y aun el arrobamiento de la sublimidad. Viera y Clavijo en el elogio de Felipe V dijo una cosa semejante: “Para hacer el elogio de Luis XIV fué necesario escribir toda la historia de su siglo: para hacer el de su augusto y digno nieto, seria preciso repasar tres centurias de los anales de España.” De esta manera un orador que así domina su asunto, interesa y subyuga desde el momento mismo en que le anuncia; pero la misma magnificencia de la introduccion echa sobre el orador la inmensa responsabilidad de sostener su pensamiento sin infringir las leyes de la elocuencia. Felizmente para Maury su genio le condujo, al través de las dificultades que de suyo le presentaba un asunto tan vasto, al éxito mas satisfactorio.

Propónese el orador presentar distintamente los homenajes de veneracion y reconocimiento tributados á San Agustin por sus contemporáneos y la posteridad. Contrayéndose á los primeros, presenta en tres cuadros la triple influencia del Agustiniano sobre el pueblo, sobre los gobiernos y sobre el episcopado.

Considerando la voz del pueblo como la voz de Dios cuando está libre de violencia, sugestion y cualquiera otra traba, coloca su héroe al frente de los pueblos desarrollando un influjo sin ejemplo. Su inclinacion al estudio, el retiro propio de su vida episcopal no le sacan fuera de la sociedad en que vive. Conságrase doce horas diarias á escuchar á los de su pueblo para componer sus diferencias, conservar entre ellos la paz, ejerciendo una magistratura temporal tanto mas eminente cuanto que no la ejercia por razon de su oficio, sino á causa del ascendiente que le daban sobre todos sus virtudes y sus talentos.

Mui pronto salió de sus límites este influjo para extenderse hasta las regiones mas lejanas: Agustin fué el árbitro de toda la Africa, y sus decisiones eran acatadas hasta en aquellos puntos remotísimos á donde no penetraba el poder imperial. Este influjo de Agustin le daba, como es de suponerse, un grande ascendiente sobre los potentados de la tierra; mas no por esto se le vió presentarse en las cortes á mendigar un favor que no podia conciliarse con su virtud. Cuando él podia obrar por los intereses de la moral, se le

veía colocado entre los reyes y el pueblo, y esto hizo que se admirara en su persona no solamente al Pontífice pastor, sino tambien al obispo ciudadano.

El orador toca una circunstancia de su vida social que bastaria por sí para hacer la gloria del Agustino bajo este aspecto. "El conde Bonifacio, investido de todo el poder imperial para oponerse á los vándalos, arrastrado bien pronto á la rebelion por la perfidia de sus aduladores, derrotó á tres generales del emperador Teodosio: toda la Africa huía, y se postraba delante de él á su llegada. Pero un hombre, terrible mas que un ejército, se le presenta entónces; es Agustín que viene á predicar bajo la tienda misma del vencedor, sobre la sumision que se debe á las potestades de la tierra; es el Pontífice ciudadano que le hace oír en el nombre de la religion esta máxima santa: *si la ambicion, el orgullo, la venganza jamas legitiman las guerras, ni aun tratándose de los príncipes, ¿qué motivo pudiera nunca justificar á un súbdito de haber tomado las armas contra su soberano?* El respeto que imprimió en aquel general, coronado tantas veces con la victoria, la presencia respetable de un grande hombre, de un gran santo, contuvo la carnicería. A la vista de este ángel de paz, el conde Bonifacio vuelve á entrar en su deber, convirtiéndose luego en uno de los mas célebres y mas íntimos amigos de Agustín; y el emperador, vencido á su turno por la elocuencia del mediador, que despues de haberle servido tan bien despierta aun la clemencia en su alma, el emperador participó inmediatamente del honor del triunfo, perdonando á un rebelde, cuya fidelidad y adhesion le garantizaba para lo sucesivo el obispo de Hipona."

Llegando aquí, el orador se vuelve á la Francia convidándola con esta lección sublime, para que retroceda sobre sus pasos, recobre su antigua lealtad, y se salve en la obediencia. Esta moralidad, siempre natural porque fluye rectamente de la narracion, es ademas oportuna en alto grado, porque el orador hablaba en los instantes en que Paris y las provincias vecinas estaban anunciando en sus secretas agitaciones la revolucion que veinte años despues asoló á la Francia y asustó al mundo.

Un orador comun habria podido quedar satisfecho, para el triunfo de su elocuencia, con la pintura de estas grandes influencias de su héroe en el órden político; pero Manry, sobradamente discreto y penetrante para pasar desapercibido á tocar otros puntos, considera mas bien esta reputacion, este influjo político y civil, como una especie de pedestal so-

bre el que habia de levantarse hasta los cielos la sublime gloria del obispo de Hipona.

"Estos homenajes extraordinarios de los pueblos, dice, de los generales, de los emperadores, son cerca de la posteridad monumentos gloriosísimos indudablemente para la memoria del obispo de Hipona; pero sin embargo, es necesario convenir en que este género de sucesos es ménos difícil, ménos raro y en consecuencia ménos apetecible en el órden episcopal, que la universal estimacion de los primeros pastores. Sí, señores, nunca sois mejor apreciados vosotros, que cuando lo sois por vuestros iguales. Vuestro renombre, que tan poderosamente influye sobre la eficacia de vuestro ministerio, depende sobre todo del juicio que acerca de vosotros pronuncien los príncipes de la Iglesia, con quienes dividís los trabajos del apostolado; depende de la confianza mútua que los unos obtenéis de los otros por vuestro carácter, por vuestros talentos y vuestras virtudes; depende de la consideracion que disfrutáis en vuestro órden bajo la calidad de obispos, á la cual aun el mismo mundo profano nunca deja de llamaros cuando quiere calificar vuestro mérito. Tarde ó temprano las reputaciones de partido ó de intriga se reducen á su simple valor: los errores fundados en prevencciones de cualquier género se disipan: los ídolos del furor caen: toda gloria usurpada se desmiente á sí misma: cada Pontífice es colocado por fin en su verdadero lugar por el tiempo ó por sus jueces legítimos, que siempre halla entre sus colegas; y el fallo bien comprobado del cuerpo á quien pertenece, viene á fijar en último resultado la opinion pública."

De intento hemos trascrito á la letra este pasaje, porque sea lo que fuere del estilo que debe perder siempre mucho en una traduccion casi literal, interesará notablemente por la importancia que en sí tienen los pensamientos y la feliz oportunidad de su aplicacion.

Haciendo el elogio de San Agustín ante el respetabilísimo cuerpo de los obispos galicanos, el orador no podia dejar escapar una ocasion tan bella para dar una sublime lección á los prelados de la Iglesia. Ellos, en los paises católicos principalmente, suelen gozar de un influjo mas ó ménos grande, pero siempre positivo en el estado civil, y como el mundo tiene tanto esplendor y tantos incienzos para esta clase de personas, la reputacion civil, la influencia social, son unas tentaciones fortísimas para los prelados de la Iglesia. Era por lo mismo necesario hacer morir estos destellos fugitivos de las glorias del siglo ante el esplendor per-

durable de las glorias de la Iglesia, y esto es precisamente lo que hace aquí el orador. El pensamiento es profundo y fino al mismo tiempo, porque de suyo presenta una materia muy vasta y muy fecunda á la reflexion y á la moral; y aunque parece obvio despues de expresado, no lo es tanto como lo prueba la especie de novedad con que aquí se presenta. Dios, que ha reservado para el apostolado todas las glorias, nada dejó que apetecer á un prelado de la Iglesia, ni aun en la línea de la reputacion y buena fama, mas allá del cumplimiento de su deber. Colocando en su cuerpo místico el teatro de los merecimientos, el código de la conducta y el juicio de las acciones, salvó á los obispos de la triste necesidad de buscar jueces fuera de sus hermanos, y elementos de gloria fuera de los hijos que constituyen la grei cometida á su celo y vigilancia pastoral.

Consecuente á estas ideas, el orador invoca, con la confianza que inspiran el convencimiento íntimo y una seguridad completa, los nombres venerables de todos los obispos contemporáneos de Agustín, para que den testimonio de su altísima representacion en el cuerpo episcopal.

“; Presentáos, exclama, presentáos ahora venerables obispos del IV y V siglo, vosotros que no hicisteis nunca soportar á San Agustín ni las injusticias de la envidia que hubiera podido excitar la superioridad de sus talentos ni la amargura de los reproches con que le amenazaba la publicidad de sus antiguos desórdenes, ni la exclusion de las discusiones importantes, á la cual parecia exponerle la oscuridad de su silla! Presentáos aquí, participad hoy de la gloria del obispo de Hipona, á la cual se os vió contribuir con un amor tan grande! ¿Qué veo! Los primeros pasos de San Agustín en la carrera del apostolado están señalados con una serie de triunfos: Mégalo, primado de Numidia, que se habia opuesto á su consagracion, se retracta en medio de un Concilio, y muestra sus deseos de imponerle él mismo las manos. Desde que el nuevo obispo de Hipona emprende la defensa de la gracia contra Pelagio, Gerónimo se retira con respeto de la lid, para reservar todo el honor de la victoria; y cuando cayó el hereciarca, Gerónimo no nombra á Agustín sino con el glorioso título de *el restaurador de la fe*. Ambrosio, su padre espiritual, Ambrosio, aquel héroe del santuario, le consulta como á su maestro. Los papas y los concilios descansan en él solo del cuidado de explicar la doctrina del cristianismo: las actas de sus conferencias son leidas cada año en todos los templos de la Africa: sus cartas son recibidas

“ en Roma como los códigos de la disciplina y los formularios de la creencia. La religion, que parece querer fundar su gloria en todo el universo sobre solos los trofeos de Agustín, coloca en su frente venerable, por las manos de sus primeros pastores, todas las coronas que debe á las conquistas de su genio.

El orador ha sabido reunir aquí en un cuadro pequeño por su extension, un foco inmenso de gloria por decirlo así, pues que tantos homenajes ilustres rendidos al obispo de Hipona por los mas insignes prelados, por los Padres de la Iglesia, los papas y los concilios, bastan cada uno de por sí para caracterizar un hombre eminente. Así es como el orador aparece grande con la grandeza de su asunto, y la cloquencia se anima no tanto por los prestigios del escritor, cuanto por la altura de los pensamientos. Despues de haber presentado al Agustín descollando entre lo mas ilustre y grande que presentaba la Iglesia en esos dos siglos de que fué contemporáneo, procede á bosquejar el cuadro de la gloria que la religion acumuló sobre él como atleta irresistible del Evangelio, como azote de los herejes y columna de la religion católica: pinta la noble intrepidez con que se presentaba en la lid al frente de trescientos obispos en la famosa conferencia de Cartago, que habia de fijar los destinos de la Iglesia en toda la Africa; y al mismo tiempo que le muestra inflexible y dominante siempre con la doctrina, describe su carácter moral siempre dulce y caritativo para con las personas de los herejes, semejante á un conquistador que reserva los atractivos del trato, de la dulzura y de las promesas para rendir las plazas fuertes que no han cedido al poder de las armas. Agustín desafiando á los herejes para rendirlos en la controversia; Agustín perdonándoles sus arrebatos, sus calumnias, sus atentados, y compadeciéndolos por su ceguedad, mas bien que increpándolos por su obstinacion; Agustín pidiendo á los reyes garantías personales para sus enemigos, á fin de que no se excusasen de controvertir, pretextando el temor de perecer; Agustín, por último, intercediendo por ellos para sustraerlos á las venganzas de las leyes del imperio; forma un cuadro que el orador presenta en su discurso con todo el interes de la verdad, y con toda la animacion de una narracion oratoria.

Mas llegó un tiempo en que la experiencia, la razon, los consejos de sus colegas, y sobre todo los crímenes anditos y escandalosos de los circunceliones pusieron un término á la oficiosidad compasiva del obispo de Hipona que ya no intercede por los malhechores. El orador aquí previene una

objecion hipócrita, que pudiera hacerse contra la caridad de Agustín; prueba que obró consecuente con su doctrina y con su corazón, y concluye con este apóstrofe tierno digno del número de Fenelon. “¡Oh inmortal Agustín! tu bella alma agotó los recursos todos de la compasión, de la clemencia y de la bondad para con los herejes. ¡Ah! pluguiese á Dios que no te hubiesen obligado ellos mismos á abandonarlos al juicio de las leyes! Mas no temas que la posteridad censure nunca tus principios y tu corazón; al contrario, ella te decreta los justos homenajes de respeto y admiración de que el universo entero es deudor á tus máximas tanto y mas aún que á tu genio.”

De esta manera el orador hace una finísima transición al segundo de los dos puntos que se propuso tratar en esta última parte de su panegírico, la gloria del Agustino en la posteridad. Para introducirse aquí invoca á los apóstoles de las naciones, presentándoles al de Hipona como su mas digno modelo. Cita luego desde la cátedra sagrada y ante la respetabilísima asamblea del clero galicano á los contumaces donatistas, á los pérfidos maniqueos, á los feroces circunceliones, á los insensatos priscilianistas, á los supersticiosos celícolas, á los soberbios pelagianos, á los ciegos marcionistas, á los blasfemos arrianos, á los novacianos, tertulianistas, nestorianos, apolinaristas, semipelagianos, y tantos y tantos sectarios que fueron cayendo sucesivamente á sus piés, rendidos por su genio, por su doctrina y por su virtud, y cuyos nombres hacen la travesía de la posteridad, para llevar hasta las últimas edades la gloria de este vencedor ilustre, á quien con tanto acierto ha llamado Bossuet *el mas profundo de todos los Santos Padres*.

“Si volvemos á entrar, señores, en los muros de Sion, *contina*, despues de haber visto fuera de su recinto tantas ruinas que Agustín ha reparado, ¡qué nuevo espectáculo se ofrece á nuestra vista! Legiones numerosas de la tribu sagrada marchan bajo sus enseñas; una escuela célebre á la cual dió su nombre, vela en la defensa de su doctrina; el Papa San Celestino se coloca con respeto entre sus discípulos y hace la apología de todas sus obras; los Soberanos Pontífices le otorgan de concierto el título de *Doctor de la gracia*; sus escritos reglan las decisiones de los primeros pastores; los concilios de Constantinopla y Letran consagran las expresiones de San Agustín para anunciar los dogmas de la Iglesia. Despues de largas discusiones citan al obispo de Hipona, y de la misma manera que el sexto concilio general había exclamado: “Pedro ha habla-

do por Agathon,” así tambien los sucesores, aquellos Padres antiguos añaden á las palabras que expresan la fe de San Agustín: “así es como piensa y hablará siempre la Iglesia.”

Este cuadro no deja que apetecer ni para la gloria del Agustino, ni para la que pudiera buscar su eminente panegirista. Es pues una lástima que una descripción tan enérgica y tan verdadera siga una aplicación muy poco favorable á la reputación canónica del cardenal Maury. Desciende hasta la Francia en los tiempos de Luis el grande, para encontrar en Bossuet en la asamblea del clero galicano una imagen del obispo de Hipona. El tiempo ha dado un paso, y el criterio canónico nos autoriza para decir en alta voz que esta declaración del clero galicano fué la flaqueza del mas sabio y elocuente de todos sus obispos. Dejemos pues estas comparaciones, para no celebrar como digno del santo prelado de Hipona sino esa especie de homenaje que el grande obispo de Meaux le tributa, llevando consigo en el curso de todas sus visitas las obras de San Agustín, para fecundarse en ellas, bebiendo en estos raudales la doctrina y la elocuencia, y llevando como presente á uno de los mas insignes Pontífices, para que fuese al mismo tiempo su luz, su apoyo y su respeto.

Pasa de aquí el orador á considerar la inmensa representación del Agustino en el glorioso y santo panteon de los antiguos defensores de la fe y grandes apóstoles del cristianismo; reconoce todo lo que se debe á los Orígenes, Tertulianos, Lactancios, Ireneos, Atanasios, Basilio, Gregorios Naciancenos, Crisóstomos, Hilarios, Gerónimos, Ambrosios y Leones; pero mira en este campo vastísimo, en este teatro de majestades, digámoslo así, á los ojos de la posteridad cuatro grandes figuras, que corresponden á cuatro grandes épocas de la Iglesia, conviene á saber, San Pablo, San Agustín, Santo Tomás de Aquino y Bossuet: nota con singular finura cómo el *Tolle lege*, que despertó el alma del Agustino sobre las Epístolas de San Pablo para decidir su conversión, era tambien como la contraseña de que el convertido seria una imagen, una semejanza viva del apóstol de las gentes. Con esta preparación tan oratoria pinta el influjo de Agustín en los grandes sucesos religiosos de la posteridad, contrayéndose principalmente á la Iglesia de Francia; pero oigamos sus mismas palabras.

“Cuando negros vapores se levantaron del pozo del abismo en torno de nuestros altares, y echaron un tenebroso velo sobre el horizonte de nuestra iglesia galicana, yo os

“pregunto, señores, ¿quién disipó aquellas tinieblas? ¿No fué Agustín, cuyo testimonio invocó Hilario de Arles en el V siglo, para establecer desde entonces nuestros derechos y nuestras máximas? ¿No es Agustín quien entre nosotros ha pulverizado por las manos de nuestros Pontífices á los albigenses, sacramentarios, predestinacionarios, al socinianismo y á todos los herejes de los últimos tiempos? ¿No ha sido Agustín la guía, el modelo y el apoyo escogido por vuestros predecesores en todos los concilios? ¿Ah! ¿quién les enseñó pues sus principios y su método para disputar con los calvinistas, en la conferencia de Poissy? Agustín. ¿Quién ministró al cardenal de Perron, tan celebrado por Bossuet, las armas triunfantes con que hizo enmudecer á Duplessis Mornai, el defensor de los calvinistas en la famosa conferencia de Fontainebleau? Agustín. ¿Quién vino á ilustrar y apoyar al célebre Marca, cuando compuso su sabia concordia del sacerdocio y del imperio? Agustín. ¿Quién por último ha garantido mejor las decisiones de vuestras asambleas en materia de doctrina? Agustín. Y hoy mismo, que celebráis su festividad con tanta pompa, y que este templo resuena con vuestros himnos en honor suyo, y con vuestras solemnes acciones de gracias, ¿no le estáis elevando por tan preclaros homenajes sobre todos los elogios que pudiera recibir de sus panegiristas!”

Al entusiasmo y admiración que causan estos rasgos históricos tan felizmente escogidos y mas felizmente presentados, sucede un cuadro de no ménos interes, en que el orador, abandonando lo pasado y retirándose de lo presente, hiende con una mirada profética todo el porvenir, para seguir á su héroe, al través de los siglos que aun no llegan, derramando la luz de la doctrina y multiplicando los triunfos de la fe hasta la mas remota posteridad, llevando á sus pies como glorioso trofeo de su celo y de su genio todas las herejías encadenadas, y haciendo su marcha triunfal entre la admiración de la tierra y las miradas del cielo. El orador entonces siente que le falta el tiempo para llenar la gloriosa tarea, y reducido á la triste necesidad de poner un término á su narración, anuncia la conclusion de su panegírico con el tierno y sublime cuadro del obispo de Hipona en los últimos momentos de su vida.

“Yo veo la Africa, dice, inundada de vándalos perseguidores y conquistadores. Ante Alarico, Atila, Gensérico, las ciudades, los hombres, todo acaba, todo desaparece simultáneamente. Envuelto en todos estos desastres, ya

“no percibe Agustín al rededor de sí mas que tres ciudades enteras Cyrto, Cartago ó Hipona, al punto de abrir sus puertas al azote de Dios al cabo de un sitio de catorce meses. Los Pontífices, desde el fondo de las cavernas á donde han ido á ocultarse, le preguntan si les es permitido abandonar sus iglesias en la aproximación de los bárbaros; y Agustín les responde á la vista del campo enemigo: que en las persecuciones individuales la fuga está autorizada por el consejo de Jesucristo y por el ejemplo de San Cipriano; pero que en las calamidades generales no sería mas que una cobarde desercion. Los males que prevee en el porvenir, agravan todavía mas su dolor presente: está descubriendo ya la próxima extincion de la fe en toda la Africa. . . . ¡la Africa! ¿Ah! exclamarémos nosotros con Bossuet cuando habla de la Inglaterra. *¡Ah! nuestras entrañas se conmueven á este nombre; y la Iglesia siempre madre no puede retraerse, al recordar esto, de renovar sus gemidos y sus votos!* La víspera de descender al sepulcro S. Agustín, mira en torno suyo seiscientas sillas episcopales próximas á ser derribadas en un solo dia, y el primer movimiento de la vacilante antorcha de la fe, que se extingue mas allá de los mares; pero ve tambien al cristianismo pronto á reparar sus pérdidas, subiendo con Clodoveo en el nuevo trono que acaba de levantarse en las Gaulas. “¿Tal vez á las lágrimas y á las oraciones de Agustín habéis concedido ¡oh Dios mio! la conversion de los francos! Vuestra Providencia quiso indudablemente consolar á la religion, haciendo concurrir este grande acontecimiento con la apostasía de toda la Africa; mas el obispo de Hipona no pudo sino entrever al fin de su vida la aurora de esta bella iglesia galicana, sobre la cual habia hecho tan frecuentemente resplandecer los rayos de la verdad.” “Mientras las desgracias y los peligros de la religion le conmueven tan profundamente, las lágrimas y gemidos de su pueblo le advierten por otra parte, que está ya tocando al término de su vida. La serenidad de su agonía iguala entonces á la calma de su conciencia. Ningun objeto terreno viene á distraerle ya de sus intereses eternos; ni aun los mismos pobres, estos amigos los mas íntimos de su corazón, pueden ocupar sus últimos pensamientos, porque nada le queda que darles; su caridad le ha reducido á la impotencia feliz de instituir un heredero. “Y qué! ¿habia de reservar Agustín para la última hora de su vida llenar sus deberes para con los desgraciados? ¿Ah! la magnificencia de sus dones tardíos hubiera sido entón-

“ces la censura de su vida pasada, y á los ojos de los infelices aparecerian como una fiesta sus mismos funerales. No lega pues á la Iglesia sino sus escritos y sus ejemplos: levántase aun bajo la carga de sus años y de sus padecimientos en su lecho de dolor: escoge por sucesor suyo al virtuoso Heraclio; y con sus manos desfallecidas emprende sobre el borde del sepulcro el recuento y la refutacion de todas las herejias. Mas no acabará este monumento de sus propias victorias: miéntras que medita despues de muchos días en los cánticos del alma penitente, grabados sobre los muros que le rodean, cuarenta años de trabajos apostólicos abren para él los tabernáculos eternos.”

Así concluye la segunda parte de este magnífico elogio sagrado. Si exceptuamos las alusiones á la iglesia galicana, cuya extrema generalidad nos parece poco favorable á la gloria del panegirista, estos trozos llenos de verdad y de vida le manifiestan como uno de los primeros oradores encomiásticos de la patria de Bourdaloue, Massillon y Bossuet. Todo corresponde á la grandeza del héroe, á la designacion del asunto, á la riqueza del plan. Verdad es que en este discurso la narracion lo hace todo, y el orador parece haber tenido poca parte en el grande conjunto de su panegirico; pero esta seria una ilusion que es mui fácil de padecer un crítico poco versado en el empeño de esta clase de composiciones. Si por una parte la riqueza del asunto es un recurso inagotable para el genio de la elocuencia; la amplitud de la materia por otra es una especie de traba para la imaginacion y aun para el sentimiento. Cuando Ciceron se introduce al elogio de Pompeyo, parece lamentarse de tener que sopesar una materia tan vasta, una materia en que le parece mas difícil el término que el principio del discurso; frase harto significativa para dejar entrever las dificultades propias de la misma abundancia.

No seria fácil indicar aquí nuestro juicio acerca de los pormenores; pero tampoco disimuláremos el placer que nos causa la fina moralidad con que da lecciones de desinterés y desprendimiento á su respetable y autorizado auditorio. Esa magnificencia de los dones póstumos apareciendo como la censura de la vida; esos funerales convertidos en fiesta para los desgraciados, son unos rasgos con que hubiera podido honrarse el mismo Bossuet. Este anciano escribiendo todavía sobre los bordes del sepulcro, arrancado por la muerte de sus grandes trabajos apostólicos, y sorprendiéndose entre sus meditaciones de penitencia con la inmortalidad abierta á sus ojos, toca á una sublimidad de primer orden.

¡Ojalá una pieza tan excelente nos proporcionara el gusto de verla felizmente acabada! pero la especie de peroracion con que termina, aunque buena, piadosa y bien escrita, no nos parece que se eleva hasta la altura del todo. Concluímos pues este opúsculo transcribiendo literalmente esta peroracion: los inteligentes dirán si nos hemos equivocado en el juicio que formamos de ella.

“¡Santo Pontífice! desde la altura de ese trono de gloria en que os han colocado vuestras virtudes, bajad hoi vuestras miradas á la iglesia de Francia: su antigua veneracion á vuestra memoria es para ella un título poderoso á vuestra intercesion: ella se gloria de haber erigido desde el siglo VI, el primer templo¹ consagrado bajo vuestros auspicios. Nosotros todos esperamos que esta noble porcion de la Iglesia universal tan recomendable siempre por su adhesion á vuestro culto y á vuestra doctrina, no decaerá nunca de su fe. Mas el juicio del cielo sobre la Africa nos espanta, y seiscientas sillas destruidas nos anuncian todas las calamidades que debemos temer, si la incredulidad, ufana ya con nuestras desgracias, consigne por último arrebatar á las necesidades de los pueblos el único recurso de la religion en los reyes. ¡Plegue al cielo que el nuevo astro levantado sobre nuestros climas, reanime en todos los corazones el amor de esta religion tutelar! La uncion sagrada acaba de correr por la frente del hijo primogénito de la Iglesia, y todos los votos de su corazón han venido á ser juramentos.² Su trono ya invariablemente asegurado con el derecho de su nacimiento, ha padecido en cierto modo electivo, cuando ha sido solemnemente ocupado por el monarca en medio de las mas tiernas aclamaciones. ¡Ah! que por los homenajes que le han grangeado sus solas promesas al pié de nuestros altares, calcule todas las bendiciones que reservamos al incremento continuo de sus beneficios; que justifique las altas esperanzas que hemos concebido de su reinado, porque nunca las podrá exceder; que el oráculo del Profeta tenga su cumplimiento en esa dilatada y brillante carrera que se abre delante de nuestro jóven monarca, y que la espada de los combates quede para siempre trocada en la

¹ Esta iglesia fué construida por Rurico, obispo de Límoges, bajo la invocacion de San Agustín.

² Luis XVI fué consagrado y coronado en Reims el 11 de Junio de 1775, por el Cardenal de La Roche-Aymon.

“*reja del arado.* ¹ Que, á ejemplo de sus ascendientes
 “mas ilustres, reconozca en nuestros Pontífices á los defen-
 “sores natos de su autoridad, á los dignos sucesores de los
 “obispos de Francia, que bajo el imperio de Enrique I ex-
 “clamaban que á los primeros pastores corresponde man-
 “dar la obediencia que se debe á los reyes: *episcoporum*
 “*est regum obedientiam precipere.* ² Animados del mismo
 “espíritu, al primer destello de una chispa de discordia to-
 “dos nuestros Pontífices han venido juntos hasta el umbral
 “de nuestros templos, y con una voz unánime han pronun-
 “ciado el anatema contra la rebelion. Reunidos hoy en el
 “santuario, bendicen al Dios de Carlo Magno y de San
 “Luis por el beneficio tan ardientemente deseado que aca-
 “ba de conceder á la Francia, dándola un nuevo retoño ³
 “de ese vástago querido que está floreciendo en el trono
 “hace ochocientos años, y que sin duda prestará siempre
 “un firme apoyo á la religion, para asegurar al pueblo de
 “este vasto imperio la felicidad del tiempo y de la eternidad.”

1 Et concident gladios suos in vomeres. Mich. cap. IV § 3.

2 Véase la coleccion de las actas del clero de Francia, Asamblea de 1682.

3 El Sr. duque de Angulema nació el 6 de Agosto de 1775.



ENSAYOS DE CRITICA.

ORATORIA SAGRADA.

ORACIONES FUNEBRES.

BOSSUET.